

Ana VIÑA BRITO (ed.), *Azúcar y mecenazgo en Gran Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular, 2014. 342 pp. ISBN 978-84-8103-734-0; Ana VIÑA BRITO, Cristóbal CORRALES ZUMBADO y Dolores CORBELLÁ DÍAZ, *Islas y voces del azúcar, I. Documentos para la Historia de Canarias, XI*, Canarias, Gobierno de Canarias, 2015. 389 pp. ISBN 978-84-7947-630-4; Cristóbal CORRALES ZUMBADO, Dolores CORBELLÁ DÍAZ y Ana VIÑA BRITO, *Léxico azucarero atlántico (siglos XVI-XVII)*, San Millán de la Cogolla, Cilengua-Instituto Historia de la Lengua, 2014. 318 pp. ISBN 978-84-942088-8-1

El viaje de la caña dulce ha ido marcando una línea continua en el espacio desde Oriente hasta el Mediterráneo (Chipre, Creta, Malta y Sicilia), hasta llegar, con la dominación árabe, a Hispania. Existen datos de su cultivo en al-Andalus al menos desde el siglo X y, unos siglos más tarde, estaba presente también en Levante y, poco después, en el Algarve. Desde este último enclave comenzó una nueva travesía por mar, cruzando el Atlántico, donde en sus archipiélagos (Madeira y Canarias) se inició un segundo ciclo en su historia, marcado por la búsqueda de nuevos emplazamientos cada vez más alejados, tanto africanos (Cabo Verde y Santo Tomé) como transoceánicos (el Caribe y, desde allí, a todo el continente americano), en busca del clima y las condiciones geográficas propicias para su desarrollo.

Esta larga trayectoria –unida a las numerosas implicaciones sociales, económicas, técnicas y medioambientales que ha tenido la expansión de los cañaverales y la producción azucarera– ha hecho que el azúcar se haya convertido en un tema recurrente para los historiadores de los territorios afectados. En el caso canario, el mundo económico levantado en torno a la industria azucarera tras la conquista y colonización del archipiélago, en el tránsito de la Edad Media a la Moderna, ha constituido un referente constante en su historiografía de las últimas décadas. De este modo el impacto de esta actividad protoindustrial, que requería de unas ingentes inversiones en capital en relación a la economía de la época han sido interpretadas como uno de los elementos fundamentales que explican el interés por la colonización definitiva del archipiélago.

En los últimos años un equipo de investigación de la Universidad de La Laguna ha llevado a cabo una línea de trabajo desarrollada desde la óptica interdisciplinar que ha redundado en un conocimiento más preciso del entorno social, económico y cultural en el mundo atlántico. Recientemente este equipo, formado por los filólogos Cristóbal Corrales

Zumbado y Dolores Corbella Díaz y la historiadora Ana Viña Brito, han puesto a disposición de historiadores y filólogos un conjunto de tres monografías elaboradas desde distintos enfoques disciplinares que muestran el alto grado de valor añadido que tiene el trabajo interdisciplinar en torno a un tema tan complejo y con tantas facetas de análisis como puede ser este del azúcar. Entre los títulos seleccionados se encuentra una obra de corte historiográfico, otra dedicada a la transcripción de fuentes documentales, que aúna la labor paleográfica y la filológica, y una última estrictamente filológica que aporta explicaciones complementarias a las anteriores, haciendo del trabajo de este equipo un ejemplo de la importancia que tiene la puesta en común de experiencias investigadoras distintas unidas en torno a un objeto de análisis común.

La primera de las monografías reseñadas lleva por título *Azúcar y mecenazgo en Gran Canaria*. En ella se recogen las aportaciones de más de una decena de especialistas agrupados en torno a nueve contribuciones que abordan el estudio del azúcar tanto desde una perspectiva documental como arqueológica. Entre todas las contribuciones se puede medir cómo el azúcar atrajo grandes beneficios para el desarrollo social del archipiélago canario a lo largo del siglo XVI y cómo, si bien el punto central de este auge estuvo en las islas centrales –Gran Canaria, Tenerife, La Gomera y La Palma–, la interconexión del archipiélago con Europa –lugar hacia donde se produjo la exportación de azúcar y desde donde se importaron productos manufacturados y obras de arte–; hacia África, con la venta de remieles y la llegada de esclavos; y hacia América –el territorio que sería el beneficiario de las técnicas, el personal cualificado y de toda una terminología que se castellanizó en las islas– generó un complejo entramado socioeconómico y cultural que afectó no sólo al archipiélago sino al conjunto del mundo atlántico.

Los europeos que conquistaron las islas Canarias tenían clara desde un principio la importancia de esta actividad. Se plantaron cañas antes incluso de repartirse las tierras de forma oficial, y quien más y quien menos tenía un cañaveral del que sacaba un rendimiento más o menos importante. No es descabellado señalar que la economía se organizó en torno al azúcar, tomando como punto de partida Gran Canaria para, con posterioridad, extenderse a las islas de La Gomera, La Palma y Tenerife a medida que se iban incorporando a la corona castellana. Fueron estos años de despegue económico, en los que la balanza de pagos permitía equilibrar la importación de todo lo necesario para conformar la cultura europea en el archipiélago con la venta del azúcar en los mercados continentales.

Esta primera obra, la que aborda el mundo del azúcar desde un punto de vista histórico, se articula en varios capítulos independientes a cargo de grandes especialistas en cada una de las temáticas que se proponen. La primera parte, que comprende los primeros capítulos, se centra en aspectos globales que afectan a todas las islas azucareras: la vertiente socioeconómica, el análisis de las fuentes inquisitoriales, el estudio del léxico azucarero y la vida y el trabajo en los ingenios. En el segundo bloque, compuesto por los otros cinco capítulos, se plantea el análisis de aspectos concretos relacionados con el mundo social y material relacionado con el *oro dulce*: el análisis histórico de un ingenio particular, el de Agaete, la personalidad de un mercader flamenco, Daniel Vandame, la asignación de autoría al tríptico de la *Adoración de los Reyes* de Telde, un estudio detallado de otra obra de arte, el tríptico de las Nieves de Agaete, y finalmente un análisis desde el punto de vista arqueológico de este propio ingenio de Agaete ya citado.

En el primer capítulo Ana Viña analiza el papel desempeñado por el azúcar como eje vertebrador de la sociedad isleña en el siglo XVI, redundando en esas variables básicas que he mencionado con anterioridad, y estableciendo de este modo el marco sobre el que se desarrollan los siguientes estudios. El segundo capítulo, a cargo de la doctora Ronquillo Rubio, se centra en el análisis de la documentación inquisitorial de las islas referente a propietarios

de ingenios y de cañas, documentación que proporciona interesantes informaciones sobre los trabajadores de esas instalaciones. En el tercer capítulo, los doctores Corrales y Corbella se centran en el léxico azucarero y redundan en una idea, que desarrollan más largamente en los otros dos libros que vamos a tratar a continuación, que abunda en cómo el archipiélago canario se convierte en un lugar fundamental para la transmisión del léxico azucarero en portugués al nuevo contexto americano. Por último, cierra este apartado de trabajos generales el del doctor Lobo Cabrera, que aborda la vida y el trabajo cotidiano en los ingenios, que oscilaba como bien señala el autor entre dos períodos bien definidos que tenían que ver con la organización productiva del trabajo; un primero, que ocupaba la segunda mitad del año, donde se atendía principalmente al cañaveral a la vez que se hacían las reparaciones del ingenio; y un segundo período conocido como la zafra, que iba de enero a junio, en donde podían convivir en la hacienda en torno a unas cien personas entre esclavos, personal asalariado y artesanos de los más variados oficios, convirtiendo de este modo a estas instalaciones en unos auténticos centros protoindustriales.

Abre la segunda parte del libro, la dedicada a los estudios de caso, el trabajo del doctor Mariano Gambín García sobre el ingenio de Agaete. Se trata de uno de los ingenios más singulares de las islas, y gracias a una serie de avatares es también uno de los mejor conocidos. Fue en primer lugar propiedad de Alonso Fernández de Lugo, conquistador de las islas de Tenerife y La Palma, quien en 1494 debió venderlo a Francisco Palomar para poder reponerse de los gastos derivados de la infructuosa campaña de conquista de la isla de Tenerife. Sin embargo, la gestión de Antón Cerezo, hermano de Francisco Palomar, no debió de resultar muy rentable y la corona incautó el ingenio en 1504, momento a partir del cual se sucedieron numerosos pleitos en los que intervendrían otros mercaderes y cuya documentación ha permitido reconstruir –en trabajos anteriores– al autor de este capítulo cómo podía ser la vida y la financiación de un ingenio azucarero de comienzos del siglo XVI.

El segundo de los estudios de caso, realizado por el doctor Everaert, analiza la biografía de Daniel Vandama, comerciante natural de Amberes que desarrolló su actividad en Las Palmas de Gran Canaria, desde donde exportó caldos y azúcares hacia Flandes y Ruan, lugar desde el que importaba tejidos, y que intervino a su vez en el tráfico con Indias, así como en operaciones mercantiles a Cabo Verde y Berbería. A través de su testamento, datado en 1602, conocemos las propiedades que tenía en varias localidades de las islas de Gran Canaria. Como bien afirma el autor se trata del prototipo de un *self made man* que arribó a Canarias sin recursos y que gracias al comercio acumuló un importante capital. Además, también sigue la trayectoria arquetípica de inserción en la sociedad de recepción, como lo demuestra el hecho de que se hispanizó mediante matrimonio asentándose en el territorio a partir de entonces.

A continuación, siguen dos capítulos dedicados al estudio de sendas obras de arte estrechamente vinculadas al mundo azucarero. El primero de ellos, a cargo del doctor Díaz Padrón, analiza el importante tríptico de la *Adoración de los Reyes* de la iglesia de San Juan Bautista de Telde. Esta obra llegó a las islas procedente de Flandes gracias a la riqueza de uno de los grandes propietarios de ingenios y cañas, Cristóbal García del Castillo. El autor plantea en este capítulo que, si bien la historia del tríptico ha sido estudiada desde hace casi cinco siglos, aún no se cuenta con una autoría concluyente. Él propone como más que probable el nombre del Lambert Lombard, prestigioso pintor de Lieja al servicio del príncipe obispo Érard de la Marck. En el otro trabajo, a cargo de la doctora Hernández Socorro, la autora realiza una nueva lectura del retablo flamenco de Nuestra Señora de las Nieves de Agaete, formulando una nueva hipótesis de trabajo con relación al pintor Joos van Cleve, y a sus autorretratos, constituyendo una de las principales aportaciones de su estudio la identificación del San Antón de la izquierda del retablo con el propio pintor de la obra.

Estas dos aportaciones, realizadas desde el punto de vista de la Historia del Arte, permiten comprender la estrecha relación existente entre el impacto de la pintura flamenca en el archipiélago canario de los primeros siglos de la Edad Moderna y el negocio azucarero al que se vinculaban algunos de los principales patronos y poseedores de estas obras.

El último capítulo aborda los hallazgos arqueológicos del ingenio de Agaete. En él los autores presentan los resultados provisionales de la excavación arqueológica que se está realizando en parte de lo que fue el ingenio azucarero de esta localidad, y que ha proporcionado hasta la fecha importantes restos materiales, tanto desde el punto de vista de las estructuras arqueológicas como del material asociado a ellas. Su importancia es innegable, pues las evidencias arqueológicas permiten complementar los estudios sobre base documental que hasta ahora se han realizado y serán sin duda un referente importante para calibrar la importancia del negocio azucarero en el archipiélago.

Como he indicado al comienzo de este comentario bibliográfico, a esa obra conjunta de corte historiográfico que acabo de reseñar hemos de añadirle un volumen dedicado a la transcripción de fuentes documentales relacionadas con el negocio azucarero. Esta obra, titulada *Islas y voces del azúcar*, de la que se espera en breve una segunda entrega, contiene la transcripción de un total de treinta documentos relacionados con las cuatro islas azucareras ya mencionadas. El arco cronológico elegido por los autores es muy amplio, y abarca desde comienzos del siglo XVI hasta el último cuarto del siglo XVIII.

Encontramos en la selección documental un amplio abanico de tipologías documentales. Por un lado, hay escrituras relativas a bienes, créditos y servicios, capítulo que constituye el volumen fundamental de la documentación notarial relativa a la temática azucarera, y que permite conocer no sólo aspectos económicos sino también sociales de la población de las islas. De entre estos documentos destacan sobre todo los contratos de compraventa, pero son igualmente significativos los de arrendamiento y los vinculados a la actividad crediticia, tales como cartas de pago, contratos o cartas de obligación, reconocimientos de deuda, censos. Por último, a estos hemos de añadirles los documentos vinculados a los servicios, tales como los contratos de aprendizaje, los contratos de soldada u otros contratos de servicios. También recoge la selección documentos de otra índole, como cartas de procuración y otros documentos notariales: inventarios, cuentas, tomas de posesión, contratos de fletamento, etcétera; a los que hemos de añadir para cerrar el capítulo de tipologías documentales la documentación epistolar. Los ejemplos presentados han sido extraídos del registro de protocolos de los archivos históricos provinciales de Santa Cruz de Tenerife y de Las Palmas de Gran Canaria, así como del Archivo General de La Palma.

Se trata, como se puede comprobar, de una amplia selección de documentación notarial de diferentes épocas, realizada con el objetivo por parte de los autores de rescatar y transcribir documentos que ayudaran a conocer mejor la evolución de la industria azucarera en Canarias y que sirvieran a la par de base a los filólogos para ofrecer testimonios del empleo de toda una terminología que, aunque figure como americana en los diccionarios al uso, tuvo su primer registro en el archipiélago desde finales del siglo XV, cuando aún no sabía implantado esta agroindustria en América.

Precisamente este es el hilo argumental de la tercera de las obras reseñadas, la dedicada al estudio de la evolución y transformación del léxico azucarero en su paso productivo por el archipiélago canario. Como bien señalan los autores en su estudio en español son muy pocos los estudios monográficos relativos a la historia de la cultura de lo dulce y a su terminología. No resulta extraño, además, que tradicionalmente la mayor parte de los términos propios de la cultura azucarera hayan sido considerados propios de las tierras americanas, ya que fue en el Nuevo Mundo donde el cultivo y procesamiento de la caña, así como el trabajo esclavo a él asociado, alcanzaron unas proporciones tales

que ensombrecieron los precedentes inmediatos. De ahí que los repertorios lexicográficos cataloguen como propias de aquel continente muchas voces que fueron de uso común en los primeros ingenios madeirenses y canarios, que se habían puesto en funcionamiento algunas décadas antes de que emprendieran su andadura los complejos caribeños, novohispanos y brasileños.

El objetivo de este grupo de investigación ha sido, como hemos podido comprobar a través de los dos trabajos comentados, recopilar la documentación conservada en los archivos y, partiendo de ella, mostrar con testimonios de uso real el empleo de toda la terminología específica de las grandes plantaciones que se conformó en el Atlántico oriental y que, íntegramente, viajó por el mar océano junto con los maestros azucareros y los primeros esquejes de caña. Partiendo de la transcripción de documentación archivística de los siglos XVI y XVII relativa a los ingenios canarios, de la que *Islas y voces del azúcar* constituye únicamente una selección, este grupo de investigación ha formado un corpus atlántico de voces azucareras, con definiciones que parten del significado con que están usados los términos en los textos mismos y con la aparición de palabras novedosas que nunca habían sido recogidas en las obras lexicográficas anteriores. Este conjunto léxico permite acotar un espacio lingüístico común en el que, sin duda, las voces dulces constituyen el testimonio intangible de aquel continuo trasiego de mano de obra y de intercambio comercial y tecnológico que unió, durante aquellos siglos, el español de ambas orillas.

Para llevar a cabo esa tarea los autores proponen en primer lugar una revisión de la implantación del cultivo de la caña de azúcar en el archipiélago de Madeira, isla llamada así precisamente por la cantidad de leña que se hacía necesaria para poner en marcha estos ingenios, lo que la hacía visible a largas distancias y motivó que fuera señalada en los portulanos como isla de la Madera. Continúan los autores relatando el paso del azúcar por Canarias, para finalizar el relato del viaje del azúcar desde el Viejo al Nuevo Mundo con la llegada a la América novohispana.

El léxico que se recoge en la segunda parte de la obra refleja en esencia las ideas aquí señaladas. En sus más de doscientas páginas recoge todas las muestras del amplio elenco léxico manejado en el entorno de los ingenios entre los siglos XV y XVIII, aunque en algunas ocasiones hayan de sobrepasar ese límite porque la documentación disponible no permite atestiguar el uso de un lema determinado antes de del siglo XIX. La estructura de la obra permite cotejar al lector interesado la voz consultada con la documentación que ha servido de fuente para su constatación y un comentario final por parte de los autores del diccionario sobre el uso que ese vocablo concreto ha tenido a lo largo de la historia.

Para llevar a cabo esta ingente labor los filólogos del equipo, ambos expertos lexicográficos, han manejado los repertorios documentales tradicionales de ambos lados del Atlántico utilizados en su especialidad. Pero el principal valor de esta obra no reside en esta ya de por sí importante tarea, sino en la complementariedad del manejo de la documentación ya conocida con un amplio repertorio de fuentes documentales tratadas por los historiadores dedicados al análisis de la historia del azúcar, que ha permitido documentar en el contexto canario ese uso previo a la llegada del azúcar a América de muchas palabras. Es más, lo que plantean los autores es que es precisamente en Canarias donde buena parte de esos lemas se castellanizan y pierden su forma portuguesa adaptándose a la lengua castellana que se comenzaba a hablar en el archipiélago después de la conquista por parte de los europeos. Será precisamente el personal especializado que marcha desde las islas Canarias hasta América en busca de un mejor futuro profesional, cuando el mercado azucarero canario pierda fuerza frente al novohispano, el encargado de llevar esas palabras castellanas a América, y allí se consolidarán en un contexto productivo nuevo.

A modo de síntesis, quiero resaltar la indudable complementariedad y el enorme interés que para el estudio de la historia atlántica tienen estas tres aportaciones en su conjunto. Cuentan con la virtud de conjugar el análisis histórico del impacto de la producción azucarera en el archipiélago canario con el valor que siempre tiene la transcripción de fuentes documentales como materia prima útil para el conjunto de los historiadores. Y si a ello le añadimos la aportación del análisis lexicográfico, importante no sólo desde un punto de vista de la historia de la lengua sino desde una concepción más general de la historia cultural, parece claro que iniciativas de investigación de este tipo merecen ser destacadas en su justa medida. Esta aproximación multifocal permite dimensionar en su justa medida los límites y las aportaciones que las distintas disciplinas humanísticas realizan al conocimiento de la sociedad y la cultura del pasado, a partir de un objeto de análisis, el mundo azucarero, que por el impacto que tuvo en el proceso de mundialización de la economía demuestra que aún tiene un largo recorrido y enormes posibilidades de estudio.

Roberto J. González Zalacaín
Universidad Nacional de Educación a Distancia-Tenerife